Locutora

Rosa Paredes González.

1.

Le gustaba subir al monte. Ya allí, se sentaba en un apartado banco de madera. Desde aquel lugar tenía una hermosa panorámica. El amigo Cosme era buena persona. Su padre le había dejado de herencia, su afición por el alcohol y una pequeña cicatriz en la mejilla. El vejete ante aquel mar inmenso, experimentaba la sensación del poder. El paisaje, que presenciaba en soledad, era solo suyo. Vivir, para él era fácil, no tenía ambiciones y sí, mucho conformismo con lo poco que poseía. De su raída chaqueta sacó una pequeña botella. Puso sus labios agrietados en el gollete, y bebió afanosamente. Bebía en solitario. Con ronca voz le decía a su anciana madre:

- Madre me voy al monte a dar una vuelta.

- Allí, en aquella cocina aldeana se quedaba María. La viejecita tenía el pelo muy blanco. Su cara, pequeña y redonda, dejaba asomar en sus diminutos ojos, una expresión risueña. María fue mariscadora. Conocía muchos amaneceres y las caras del mar. Tenía las manos rotas de haber rascado los moluscos que vendía a primeras horas de la mañana en la lonja. Ahora entretenía su tiempo libre, en hacer labor de bolillos.

- Esa madre había sufrido lo suyo. Una mañana cualquiera, su hombre abrió la puerta de casa y dijo adiós para siempre. Atrás dejaba mujer e hijos. Dejó poco equipaje en la

casa. En la parte de atrás de la huerta, se veían redes agujereadas.´

Cosme también pescaba. Cuando salía a la mar, la madre, al anochecer, se apostaba en la ventana y movía los labios. Desgranaba entre sus dedos las cuentas de un rosario de madera.

- Rezaba hasta que oía las pisadas del hijo.

- A Cosme le gustaba sentarse en ese banco en las horas del atardecer. Le gustaba ver las puestas del sol y, mientras las contemplaba, tocaba su pequeña armónica.

Después de un rato, dejaba perezosamente el banco y subía la cuesta hacia la Torre de Hércules. Ya allí, se asomaba a la balaustrada y miraba hacia las rocas de abajo. El mar rompía con fuerza y furia contra las mismas. Cerró los ojos y se fue a otro día lejano...

- Habían salido los dos amigos a temprana hora. Tenían intención de ir a pescar. Rescataron la pequeña lancha del muelle "Siempre fiel" y entraron mar adentro. Iban contentos y felices.

El amigo de Cosme había llegado, días atrás, de la Argentina. Formaba parte de la pandilla del barrio. Un buen día, salió en busca de otros parajes lejanos. No había hogaza que poner en la mesa y decidió partir. Cornelio, así se llamaba, vivió fuera de la tierra durante muchos años. Le gustaba escribir poesía. En cierta ocasión, le publicaron unos poemas. Cuando llegó a

España, le regaló a su amigo del alma un ejemplar de sus sentimientos. Esa poesía se había escrito en momentos de morriña hacia la tierra.

- Iban los amigos contentos y felices esperando pasar un buen día de pesca. Al mediodía, cuando se encontraban en alta mar, decidieron comer algo. La madre de Cosme, ató en un pañuelo un trozo de queso del país con pan de brona. Una pequeña navaja iba con los viandas. Comieron y departieron amigablemente.

- Se empezó a levantar viento. Miraron temerosos hacia arriba y las nubes oscuras auguraban malos presagios. No tardando mucho, se puso a llover con fuerza. La barca se balanceaba hacia los lados. Decidieron volver al lugar de partida. Remaban con ahínco hacia al puerto. De pronto, un golpe de mar, volcó la lancha...

- La lucha de los dos amigos fue feroz por salvar sus vidas. Ese gigante los cubría y vomitaba espumarajos sobre sus cabezas.

- Se vieron luchando contra la fuerza del mar que golpeaba fuerte. Cosme se iba agotando por momentos. En un momento determinado, dejó de ver a su amigo Cornelio. Miraba con ansia a su alrededor. Vio como surgía su brazo queriendo asirse a su manga. De pronto, ante la vista de su amigo, desapareció.

- Nadó con las pocas fuerzas que le quedaban y logró llegar a un grupo de rocas. Ya allí, gritó y gritó pidiendo auxilio. Unos caminantes, que volvían de visitar el faro, oyeron sus gritos...

- Cuando la dotación de la guardia civil emprendió la marcha, Cosme, con una manta sobre los hombros, dirigió su última mirada hacia el mar.

- Allí se quedaba El, su amigo del alma.

- En su mesilla de noche, hay un libro de poesías escrito en días lejanos, allá en la Pampa, por un gallego lleno de morriña...

El mar se lo llevó a las profundidades...

-

-

2.

Apresuré el paso, amenazaba lluvia. Al doblar la esquina vi el edificio de ladrillos rojos. Me quedé en suspenso... por la puerta, del mismo, salían alborozados un grupo de niños ruidosos.

Me paré enfrente y rebobine el tiempo pasado. Aquel edificio, ahora convertido en colegio, en mis años de juventud era el casino donde solía asistir a los bailes de verano.

Nada permanece, todo va desapareciendo y dando lugar a otros paisajes.

Recordé mi adolescencia y mi antigua casa en un barrio cualquiera. Allí, entre aquellas paredes, vivía una mas, de las muchas familias españolas Las cortinas de la galería, que daban a la calle, tenían moho; el mar estaba próximo a la vivienda. Allí nací y viví mi infancia y parte de mi juventud. Mi hermano y yo éramos niños de la calle. Se nos dejaba jugar hasta avanzadas horas de la noche. Recuerdo el ruido de la ventana al abrirse /la humedad había hinchado la madera y cuando se abría crujía/ y asomar la cabeza de mi madre llamándonos a gritos.

Todavía martillea en mi mente la voz autoritaria de mi padre llamándome al orden:

- Niña, has dejado pelos en la pileta...

Tengo la imagen de esa casa grabada. La cocina daba a un patio. En el mismo había gallinas. Éramos amigas y, de alguna manera, me

había aliado con ellas. Cuando me sentaba a comer en la mesa de madera, torcía el morro y decidía que ese plato no iba a parar a mi estómago. Espiaba el movimiento de mis padres y esa cocina cuando se quedaba vacía, sigilosamente abría la ventana y dejaba deslizar al patio, los restos del plato. Grandes cacareos celebraban esa aparición mía. Las gallinas engordaban, pero yo tenía mal color, y siempre estaba anémica. En esa casa, había un cuarto oscuro. Allí se guardaba lo que no se quería que se viese. Nunca me olvidaré de una mañana. Desde mi dormitorio oí gritos violentos. Me asomé al pasillo y vi una rara escena. Mi madre gritaba a mi padre y con el dedo señalaba hacia un rincón del cuarto oscuro. Él, callaba y bajaba la cabeza. Me quedé un rato observando la escena y ante la crispación de esa voz acusadora me entró cierto tembleque en las piernas. Cesó la discusión y decidí ir a ver cual era el motivo de la misma. Cuando desaparecieron de la escena, despacito me dirigí al cuarto y miré el rincón que, momentos antes, señalaba mi madre... solo vi botellas vacías...

Ante aquella escena vivida, ahora, la asocio con otra muy distinta y, en cierta manera, con algo de similitud. Los náufragos cuando están a punto de la desesperación, tiran una botella al mar pidiendo ayuda.

Una estancia de la casa, en particular, me gustaba. La habitación de mis padres. Daba a la calle y era oscura. Gruesos cortinones deslucidos de terciopelo, cubrían las ventanas. En un rincón había un pequeño sillón. Ese era el lugar que elegían los Reyes Magos para

dejar sus presentes. Recuerdo que entrábamos, mi hermano y yo, a primeras horas en esa mañana de Reyes. No había muchos regalos puesto que el sillón era pequeño y no daba lugar para más...

Siempre recordaré una sortija de plata y un diario con un pequeño candado. Ahí, empezó mi afición por la escritura. A través de ese pequeño diario. Lo llevaba a todas partes, a la solitaria playa, al monte, al parque... ya allí escribía mis cosas...

Cosas sencillas y sin palabras elocuentes; escribía el paisaje que me envolvía.

Pero si tengo que elegir una estancia favorita, en esa pequeña casa de barrio, me quedo con la galería. Desde aquella ventana, podía ver mi querido mar. Había una mesa camilla en la que hacía los deberes. Lo malo de aquellas tardes era esperar a que se iluminara la estancia. En casa el dinero escaseaba y las luces se encendían muy tarde. A medida que transcurría la tarde, yo miraba para la bombilla.. apenas sí veía.

Recuerdo la sensación del encendido. La estancia, en penumbra, de pronto se llenaba de luminosidad y yo podía seguir leyendo o escribiendo...

Poco duraba esa felicidad luminosa. No tardando mucho, cuando nos acostábamos en busca del calor de la ropa de la cama /recuerdo que entraba muy despacito para no sentir de golpe la humedad de las sábanas/ desde el fondo del pasillo se oía la voz autoritaria de mi querida madre:

- ¡ Apagad la luz!

Y se obedecía. Yo esperaba, conteniendo la respiración un buen rato. Cuando los habitantes de la casa dormían, abría despacito la mesilla de noche. De la misma, sacaba una pequeña linterna que servía para iluminar las páginas de ese ansiado libro...

En aquélla casa había habitantes que no eran gratos, pero se colaban. Se cocinaba con carbón y, entre el mismo, grandes cucarachas. Cuando salían a pasear por la casa, de vez en cuando, oía un crujido; era el pisotón de la bota de mi padre...

Aquella plancha de la cocina brillaba. Las manos de mi madre estaban rojas y estropeadas.

Pasó la infancia y dio paso a la adolescencia. En casa no había dinero, pero se aparentaba lo que no se tenía.

Tener un carnet, en aquellas fechas, era importante. Daba señorío y prestigio. Decidieron hacerme socia del Casino para que emparentara con la buena sociedad coruñesa.

Había que renovar el vestuario. En la pared del salón colgaba un calendario. Se miraba con ansia, ante la próxima verbena que celebraba el casino. No era yo una niña agraciada, pero antes de ponerme mis bonitos ropajes, se me pasaba por el taller de chapa y carrocería. Ya allí, se me daba el mejor barniz.

Y llegaba la noche especial y mágica. No iba contenta a las verbenas. Me gustaba más aislarme e irme a la playa solitaria, pero mis

progenitores anhelaban que encontrase un hermoso príncipe azul que nos matase el hambre que llevábamos escondida.

Se me disfrazaba para la ocasión. Collar de perlas en el blanco cuello de cisne, zapatos de alto tacón y un vaporoso vestido de encaje.

Nos íbamos todos a la verbena. Mis padres merodeaban por el lugar y espiaban mis movimientos. Sentada con varias solteronas que buscaban lo mismo que yo, dejábamos pasar el tiempo. La música sonaba ruidosa. Nuestra miradas lánguidas se dirigían hacia la barra del bar. Allí estaban ellos. Se adornaban los pollos, con pajarita en el cuello. Sus miradas eran displicentes y arrogantes. Encima de la mesa reposaban nuestros carnes de baile, esperando a ser estrenados. De tarde en tarde, yo tenía suerte. Me deslizaba con mis lindos zapatitos de tacón por la pista. La mirada soñadora y la peinada y brillante melena ondeando al viento...

Me quedo con una escena. Mis queridos progenitores se escondían entre los árboles y miraban codiciosamente la escena. Más tarde, hacían indagaciones del jovenzuelo que me había sacado a la pista...

Me aburría en esas verbenas. Miraba, con disimulo, mi pequeño reloj que lucía en mi muñeca. Ansiaba regresar a casa y saludar al libro que esperaba por mí.

Horas más tarde nos retirábamos. Se apagaban los farolillos, cesaba la música y el murmullo de las conversaciones se iba difuminando en el aire. El jardín se quedaba vacío.

Se miraba con ansia el calendario a la espera de la próxima verbena.

Se escatimaba todo tipo de gastos para poder pagar la cuota del carnet del Casino.

Había un aparador en el salón que siempre permanecía cerrado con llave. Suscitaba misterio. Un día, esa llave se quedó puesta.

Sigilosamente, abrí la puerta de ese mueble..

¡Qué emoción!. Dentro del mismo, había viandas varias. Saqué una pequeña bandejita de plata con jamón y una cajita de madera con pastas de té.

Cuando me disponía a deleitarme con tan ricos manjares, apareció mi madre y, al ver la escena, dio un pavoroso grito y exclamó furibunda:

- ¡ Hija, deja todo y no comas nada !

Ante mi mirada de sorpresa, mi madre espetó furiosa:

- - El jamón y las pastas de té, son para las visitas...

- Se guardó todo en el armario bajo llave. Merodeaba por la cocina buscando algo que llevarme a la boca.

- La vida seguía. Se pagaba la cuota del carnet y se esperaba la próxima verbena del Casino.

- Algún día, aparecería ese hombre maravilloso y especial que me permitiría comer jamón y pastas de te.

- Había que seguir esperando...

Años más tarde, un día de lluvia en las que deseas revivir los recuerdos, miré mi álbum de fotos. Entra las mismas, una amarillenta me decía cosas...

- En la instantánea un grupo de jóvenes con ojos brillantes e ilusionados, sonreían a la cámara... al fondo, unos farolillos.

3.

Últimamente no me apetecía mucho leer. Dos libros reposaban en la mesilla de noche esperando a ser abiertos. Aquella noche cogí uno de los ejemplares y me embebí entre sus páginas. A mi lado, encima del edredón, reposaba mi aparato de radio. Va conmigo a todas partes. No sé vivir sin ella. A medida que leía, distraídamente, le di al botón de encendido. Oí su voz y me gustó. Era fresca, joven, imperativa, resuelta...

Hablaba con otra persona. Por un momento, dejé la lectura del libro y me dispuse a escuchar. El programa se retransmitía a través de una emisora local. Se exponía un tema determinado y, a continuación, se disertaba, a través de las llamadas de los oyentes, del mismo. Me resultó entretenido. Esperé al día siguiente y, a la hora fijada, le volví a dar al botón. Esa estancia vacía y silenciosa, de pronto, se llenó de voces desconocidas para mí, pero, poco a poco, se fueron haciendo familiares.

Me enganché al programa. Miraba hacia fuera como caía la noche y espiaba las agujas del reloj, pendiente del comienzo de la emisión. Personajes variopintos participaban en el mismo. Algunos no decían nada, por mucho que hablasen. Palabras vacías y huecas que se dejaban "solo oír", pero no sentir. Otros, sin embargo, con voz temblorosa y vacilante exponían su opinión. Con mucha frecuencia entraba en antena un personaje conmovedor. Era pescador y se

llamaba Tomás. No tenía expresión de palabra, pero conmovía y emocionaba oírlo. Un día el alcohol le jugó malas pasadas y entró en el terreno personal. Nos contó a los oyentes que su padre, en su día, los había abandonado. Sentía adoración por su madre y la citaba con frecuencia.

A continuación de la breve intervención oral, deleitaba a los que lo oíamos con una melodía de armónica. Tocaba mal, pero lo hacía con tanto sentimiento y entusiasmo que, esas notas del pentagrama malsonantes, hacían bailar la melodía.

Este personaje, al cual me estoy refiriendo, hablaba con frecuencia de las noches oscuras pasadas en altamar. Yo le ponía imagen a sus palabras. Lo veía en las noches de luna llena tocando su armónica, y acordándose de la viejecita solitaria que esperaba su regreso en la pequeña casa del pueblo pesquero.

Mientras oía la radio, me acordaba de mis tiempos jóvenes y de ese micrófono que un día tuve entre mis manos. ". Yo me pregunto muchas veces, ¿qué sería de la vida sin sueños?.Para algunos se quedaría relegada en simple pesadilla.

En casa había pocos recursos económicos. Recuerdo cuando cobraba mi mísero salario, que me daba tres pesetas para todo el mes. Apenas llegaba para nada. Varios billetes de autobús y una pasada por la cafetería.

Me conformaba. No había otra. Los domingos, cuando iba al jardin de Méndez Núñez, miraba para ese edificio donde estaba enclavada la emisora.

Una mañana cualquiera me armé de valor y subí las escalinatas de la Emisora. En recepción con voz firme y resuelta (las piernas me temblaban y tenía que sujetarlas para que no se oyese el crujir) pregunté por Pepín Couceiro, el Director de la Emisora.

El hombre tenía una expresión bondadosa y mientras yo hablaba a borbotones, con muchas prisas para que no se me olvidara algo, percibí una expresión cálida y risueña en su mirada.

Después de oír mi larga perorata, me introdujeron en la sala de grabación. Ya allí, pusieron un micrófono en mis manos y me dijeron que leyese una poesía y un extenso artículo de prensa.

Han transcurrido muchos años de todo ello, pero yo sigo allí. La adolescente con trenzas y flequillo negro, delgada y gafas de cristales de miope, con voz temblorosa, le decía cosas al micrófono...

El director de la Emisora me dijo que pasase de nuevo por el despacho.

Todavía recuerdo sus palabras pronunciadas con un deje de cariño:

- Rosa, tienes que prepararte intensivamente. Vete al Conservatorio de Música y estudia durante cierto tiempo, Arte Dramático. Luego vuelves que te haremos otra prueba.

Salí desolada. Recuerdo que estaban próximas las Fiestas Navideñas. Había algarabía en las calles. Las risas de otros, era la tristeza mía.

Las calles adornadas y jolgorio en las mismas. Hacía frío, pero yo no percibí el de fuera; me quedé con el de dentro.

La música, los escaparates iluminados, los villancicos... no me decían nada.

Me hacía preguntas varias, pero no tenía respuestas para las mismas.

- ¿Qué hacer para ver cumplidos mis sueños, a donde recurrir?.

Quería ser locutora de radio. Estaba enamorada de mi pequeño aparato que iba conmigo a todas partes. Bajaba a la calita y, ya allí, sus voces recreaban ese día de ocio. Miraba mi pequeño transistor y pensaba que, algún día, yo también hablaría a través de las ondas.

En casa se aparentaba, pero no había medios económicos para pagar gastos. El sueldo de mi padre y el mío, apenas sí llegaban para comer.

Cuando bajaba a la calita con mi libro y mi transistor, los enanos de la azotea martilleaban mi mente. Los puñeteros eran constantes y obsesivos.

No podía prescindir de mi trabajo de oficinista ni pedir a los míos que me pagaran las clases en el Conservatorio de Música.

Me gustan los retos. Me gusta combatir aunque tenga pocas armas. No me rindo fácilmente ante la adversidad, al contrario, me rebelo ante la misma.

Hice pesquisas varias. Cuando supe quién era la Directora del Conservatorio de Música de La Coruña, y donde trabajaba, tomé una importante decisión.

Una noche fría y de lluvia, enfilé el paseo marítimo de mi ciudad y desemboqué en una céntrica calle. Ya allí, me aposté en un portal resguardándome de la fina lluvia. Miré el edifico iluminado y sentí envidia del calor de allí dentro. Estaba aterida de frío, pero, no obstante, esperé un buen rato.

Hacía tiempo que había anochecido. Sobre las diez de la noche, aproximadamente, ví salir por el portal, cabizbaja y pensativa a la persona que yo esperaba.

Cuando iniciaba, apresurada, su marcha, me puse delante de ella y le cerré el paso.

Todavía recuerdo el desconcierto de sus ojos. Me miraban con signos de interrogación. Delante de ella, una muchachita joven, morena, tez blanca y ojos asustados, balbuceaban atropelladamente unas palabras. Recuerdo su gesto. Me cogió de la mano, y me introdujo, de nuevo, en el portal del periódico donde trabajaba. Me dijo:

- Cálmate, y háblame despacio.

Respiré profundamente y hablé a ese rostro bondadoso. Le conté mis sueños y mis anhelos. Le dije que quería ser locutora de radio, pero no podía asistir a sus clases.

La conversación fue larga. Ella la escuchó en silencio sin interrumpirme. Cuando terminé de hablar, me dijo:

- Rosa, te voy a ayudar a que veas tu sueño cumplido. No vas a venir al Conservatorio. Sin embargo, todos los fines de semana te vas a personar en mi domicilio

particular y, ya allí, me vas a leer la prensa. En este caso, el periódico que leemos mi marido y yo.

Me dio su dirección y se despidió de mí. Me quedé mirando su paso cansado y como doblaba la esquina.

¿Qué sentí en aquel momento?. Sería importante que el paso del tiempo no difuminase las situaciones y las sensaciones derivadas de las mismas.

Han transcurrido muchos años, pero todavía recuerdo algo. Tenía las manos calientes. Mientras hablaba con Doña María Luisa, ella me apretaba mis manos. De alguna manera, con ese apretón, quería infundirme ánimos.

Al llegar a casa no dije nada. No quise compartir con los mios, mis sueños. Era una niña rara. Solitaria, tímida, introvertida, soñadora...

Así fue como empezó todo.

Los domingos, a temprana hora, me personaba en el domicilio de este matrimonio. El marido de la bondadosa señora escribía poesía. Había publicado varios libros. Recuerdo su fisonomía. Era de complexión fuerte, el pelo muy blanco y los ojos llenos de todo lo bueno. Le dije que me gustaba escribir y me animó a que le llevase algo para leerlo. Recuerdo un domingo que le dí a leer unos folios. Era un pequeño relato titulado: El viejo.

El hombre me dijo que le había gustado, pero que escribía con mucho tormento dentro.

No quiero desviarme del tema. Su mujer, María Luisa, a medida que le iba leyendo la prensa, me iba corrigiendo constantemente. De esa forma, y sin asistir al Conservatorio, aprendí pronunciación, dicción, expresión corporal, vocalización... y todo lo que engloba una buena preparación para decir tu palabra a través de un micrófono.

Transcurría el tiempo.

Una mañana, esta bondadosa persona me dijo:

- Rosa, ya puedes volver a la Emisora para que te repitan de nuevo la prueba. Estoy segura que, esta vez, vas a salir airosa de la misma.

Así fue como lo hice. Pedí cita, de nuevo, con el director e igualmente que la primera vez, me recibió muy atentamente.

Me pasaron a la misma sala de grabación. Volví a vivir todo lo transcurrido unos años antes.

Esta vez sí.

Miraba nerviosamente a los ojos del técnico de sonido que me estaba haciendo las pruebas. Algo en su mirada me alentó y me hizo sentir la sensación... ¿como decirlo? de triunfo. Eso es.

Cuando pasé, de nuevo, al despacho del director, oí que decía:

- Rosa, empiezas a trabajar la semana que viene.

Lo recuerdo. Había anochecido y el verano acababa de comenzar. Del paseo marítimo se respiraba el olor al salitre, proveniente del mar. Las farolas ya estaban encendidas.

Bajé las escaleras

del edificio. Una de las tiras de la sandalia se había desabrochado. Me agaché y, cuando volvía a subir a tropezarme con el gran mundo, dos lágrimas caían por mis mejillas.

4.

La mañana que empezaba mi turno matinal estaba nerviosa. Apenas había dormido. Esa noche vi andar las horas. No paraba de mirar el reloj de la mesilla de noche. Me levanté al amanecer y dispuse todo para la marcha. No era, precisamente, una adolescente agraciada, pero puse todo mi empeño para acicalarme y saludar mi primer "día de radio" de la mejor manera posible. En aquellos tiempos, se guardaba en el armario la ropa "de domingo". Mi querida madre me ayudó en los preparativos. Se desempolvaron del cuarto oscuro, los zapatos de negro charol y la ropa de los días festivos.

Cuando salía del portal, me quedé indecisa. Tenía prisa por llegar. Decidí abreviar el tiempo y acortar camino. La emisora de radio estaba situada en unos céntricos jardines de la ciudad. Esa mañana no cogí el autobús, enfilé camino de la playa. Bajé la cuesta y miré a mi alrededor. Pisé la blanca y húmeda arena del rocío de la mañana. Mientras caminaba dirigí la mirada hacia el paseo marítimo. Los tranvías y autobuses iban llenos. Los transeúntes caminaban apresurados hacia su puesto de trabajo. Las farolas permanecían encendidas.

Es curioso, han pasado muchos años desde esta escena vivida, pero al recordarla me recorre un estremecimiento. Aquel día era muy importante para mí, lo había pensado y revivido muchas veces.. Al

llegar a la rotonda, subí las escaleras y me encontré en el centro de la ciudad. Pasé delante del Instituto donde había cursado estudios. Entre aquéllas paredes se quedaba mi Bachillerato. Miré los ventanales y, de alguna manera, vi, tras los mismos, a una niña fea, con gafas de gruesos cristales, largas trenzas y un fino bigotillo cubriendo su labio superior. Me acordé de las bedeles del centro. María Luisa y Fernanda...

Desde aquí, mi pensamiento lleno de cariño y afecto hacia ellas.

Cuando me disponía a atravesar el semáforo, miré para la entrada principal. Otros estudiantes, los mismos encerados, pupitres, pasillos...

Pasado, presente, futuro. Nos parece que el tiempo se para y no avanza, pero el muy ladino es tramposo. Cuando das la vuelta te la juega. Cuando han pasado años y miras atrás, quisieras quedarte parado para no seguir avanzando hacia esa meta que todos tenemos...

Apresuré el paso, no quería llegar tarde a mi cita. Al llegar a los jardines de Méndez Núñez, miré el regio edificio. Subí las escaleras y entré en el recinto. No recuerdo demasiado de aquella mañana, sin embargo, sí hay un momento que se ha quedado parado en el tiempo y en el pensamiento: mi boca temblorosa a la altura de un micrófono metálico, la luz verde del control, dando el primer aviso, más tarde, la luz roja invitándome a decir mi palabra. Mi voz, en esa primera mañana de radio, sonó vacilante, sin fuerza. Había mucha gente, que

me quería, pendiente de la misma. Mientras hablaba y sujetaba el temblor de mis rodillas, pensé que esas palabras se adentraban en muchos rincones gallegos, en los campos labriegos; en altamar; en hospitales; en cárceles, en sitios distintos...